

# Carolina Brown

DUNCAN

**P**esado, mañoso, cascarrabias, egoísta, desgraciado. Eso es lo que, durante toda mi vida, he escuchado sobre mi abuelo Duncan. Son los otros adultos los que lo dicen: mi mamá, mi papá, algún familiar que se deja caer para comer con nosotros: que siempre ha sido un viejo de mierda; que llegó así de la guerra, después de caminar por el norte de África y el sur de Italia, disparándoles a los alemanes durante año y medio. Se lo cuentan entre ellos, como para asegurarse de que están todos de acuerdo: que sobrevivió de lo malo que era; que hacía llorar a su madre al menos una vez al día y que ella abrió una botella de champaña el día que se enlistó. Cuando creen que no estoy poniendo atención, ajustan el volumen y el tono de sus voces, cambian los calibres de los adjetivos, se comparten las miradas cómplices, las risitas.

El timbre en la casa del abuelo suena ronco y alargado, una especie de presagio de lo que viene. Mi mamá, que ya está incómoda, cambia el peso entre un pie y el otro y se arregla el cuello de la chaqueta con los dedos inquietos. Mi papá, de pie junto a ella, se ve encorvado, lleva un peso invisible entre los omóplatos. Yo estoy un poco más atrás, porque mi primer instinto es esconderme de esos pasos que vienen hacia la puerta, usar a mis papás de escudo.

La verdad es que no puedo culparlos. Es difícil querer a mi abuelo, ni de chica me gustaba. Su mal genio es legendario. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que nos hemos dado un abrazo, siempre incómodos. Tiene la piel de lagarto, el cuerpo huesudo. Mi primer recuerdo con él es que me castigó un domingo después de almorzar. No sé dónde estaba la abuela Edith esa vez; ella se hubiera ocupado de la mancha de helado en el sillón. Él, en cambio, me obligó a quedarme de pie en una esquina, mirando la pared. Tuve que contar hasta mil en inglés.

Cuando le conté a mi mamá, lo llamaron por teléfono de inmediato. Ella le gritó.

Y esa misma noche, luego de que colgara el auricular con furia, mientras yo fingía dormir en mi pieza, escuché a mamá decirle a papá que el abuelo era un «hijo de puta». De la impresión, abrí los ojos en la oscuridad, pese a que no sabía lo que significaba. Eran el tono de la voz, los resoplidos, las palabras aceleradas y su voz quebrada. Aunque no podía verla, desde el pasillo sentía la fuerza del enojo: una especie de calor que se expandía. Después, el chirrido de la silla deslizándose por el piso y el portazo. Algo cayó al suelo, tal vez uno de los marcos de fotos que estaban colgados junto a la puerta de entrada. El taconeo de sus zapatos se perdió mientras caminaba hacia el ascensor. Iba a ponerse a fumar en el banquito que estaba junto a la garita del conserje. Fuma muy poco mi madre, y cuando lo hace es porque de verdad está furiosa.

Duncan abre la puerta de golpe y todos nos paramos un poco más derechos. Nos mira de arriba a abajo con sus ojos de glaciador escandinavo. Cuando lo saludo de un beso en la mejilla, su piel dura y agrietada me raspa la cara. Los años de rasuradora han

convertido los pelos en pequeñas cuchillas, es como pasar la mejilla por una lija. Le ofrezco el paquete que he envuelto yo misma en papel de regalo verde militar. Lo recibe sin mirarlo y lo deja inmediatamente sobre la mesita del teléfono. No me da las gracias. No me pregunta cómo estoy.

—Bueno, ya que están aquí, pasen —dice.

Vamos en fila por el pasillo oscuro. Al fondo se ve la luz del ventanal. Nos sentamos todos en los sillones floreados. Mi mamá se instala con las piernas muy juntas, su espalda no toca el respaldo. Se ve incómoda. Es muy raro que no diga nada, generalmente habla fuerte y se ríe a carcajadas. Al principio me hace gracia su comportamiento, pero después de unos minutos me pone nerviosa. Ninguno se mueve. Sonrío y siento la boca tirante, los músculos negándose a fingir. Me acomodo en la poltrona. Escucho la voz tímida de mi papá que le pregunta ¿cómo estás?

Duncan, con los brazos cruzados sobre el pecho, la boca en una línea recta, hace un gesto con la cabeza, como para dar a entender que está bien.

—Trajimos unas cositas para comer —agrega tímida mi mamá.

—Por supuesto que lo hicieron —responde el abuelo.

Mi mamá se pone de pie y yo la imito. He aprendido a copiar el comportamiento de los adultos cuando estoy en casa de Duncan. Es un campo minado y no hay que improvisar. Me dan ganas de abrir un poco más las pesadas cortinas, que entre la luz y el aire. Sigo a mamá hasta la cocina. Me dice en voz baja que el abuelo no quería celebrar y que fue ella quien le insistió. Cómo no le íbamos a hacer nada, reclama. Encuentro atroz que

pase el día solo, encerrado en este departamento deprimente. Es que tu papá no entiende, pobre viejo, desde que se murió tu abuela está solo como ostra. Habla mientras saca las cosas de la bolsa. En el living, papá y Duncan continúan sentados en los sillones, sin decir palabra. El abuelo tiene los ojos cerrados, da la impresión de que está aguantando la respiración.

El departamento tiene pocos muebles, siempre lustrados y muy limpios. «Inmaculados» es una palabra que repite mamá con desdén cada vez que lo visitamos. En comparación, el nuestro es un desastre. O al menos eso asegura el abuelo cuando nos visita para Navidad. Que tenemos todo botado. Que hay sarro en las llaves del baño y hongos en las repisas del refrigerador. No sé de dónde saca eso si nunca ha puesto un pie en nuestra cocina. La última vez que estuvo, le preguntó a papá si lo habían criado los monos.

Cuando era chica y venía de visita, me metía miedo con las arañas de rincón. Según él, se escondían en el desorden, esperando una oportunidad para picar a las niñas que se portaban mal y no recogían sus cosas. Y cuando una te pique, porque es cuestión de tiempo —decía mirándome a los ojos—, la mano se te va a poner negra y se te va a caer.

En la cocina del abuelo, el piso huele tanto a desinfectante que a veces marea. Veo la espalda de mamá abriendo y cerrando las puertas de los muebles. Me pide que la ayude a descorchar una botella de vino. Tiene unos pocillos en la mano. Ha engordado varios kilos en el último tiempo, pero no me atrevería a decírselo: ella lo sabe mejor que nadie. A veces la pillo mirándose en el reflejo de las ventanas, con el ceño fruncido o tiro-neando de su ropa para ajustarla mejor. Ahora, pone las papas

fritas en una fuente de vidrio, yo giro el descorchador. Prende el horno para poner las empanadas. De qué compraste, le pregunto. De queso con espinaca. El abuelo no come espinacas, le recuerdo. Por un minuto pienso que va a llorar.

Llevo las cosas a la mesa. Escucho a mamá sacar los hielos de la cubeta. Le gusta el vino blanco muy helado, puede tomarse hasta tres o cuatro copas y después habla más fuerte. Papá apenas toca el alcohol, prefiere las bebidas. Al abuelo le gusta el *whisky*. Me echo unas papitas a la boca de pura angustia.

—Deberías ofrecerles a los otros primero —dice Duncan.

—¿Ah?

—Por buena educación. Tienes que ofrecerles a los demás antes de comer tú. ¿Que no te enseñaron eso en tu casa?

Le ofrezco la fuente y toma unas pocas. Nunca ha sido particularmente bueno para comer, aunque he escuchado que de joven era fornido y desayunaba tres huevos revueltos todas las mañanas. Gracias, me dice.

—¿Me prestas el diario? —pregunto.

—¿Qué diario?

—Cualquiera, el que tengas.

—Ya no lo compro. Pura mugre. A los políticos no hay que creerles nada.

Viene mi mamá con la bandeja y yo aprovecho de salir al balcón y revisar mi celular. Miro a un edificio de estacionamientos. Hay solo dos autos estacionados en ese piso. Uno está cubierto de polvo, tiene la rueda delantera pinchada y una carita feliz en el parabrisas junto a la palabra «lávame». Papá una vez me contó que cuando los abuelos llegaron al barrio, este era

el primer edificio de la cuadra y el balcón daba al jardín de una casa donde había un espejo de agua.

Nos sentamos a la mesa. Mamá se sirve otra copa de vino. El abuelo, en la cabecera, apenas toca la comida. Las empanadas están un poco quemadas en los bordes, mamá se disculpa, es difícil controlar la temperatura en este horno. Duncan corta los cachitos con un cuchillo y los hace a un lado con disgusto. Papá me mira y me sonrío por un momento, arrugando la nariz y cerrando los ojos. Es una mueca inquietante, como una máscara del teatro chino. Tengo ganas de salir corriendo.

Mamá me hace una seña para que vaya a la cocina a buscar la torta. La elegimos entre las dos, de chocolate y mazapán. Yo insistí en que compráramos una de esas velas con forma de signo de interrogación. Duncan cumple noventa y cuatro años y apuesto que él menos que nadie quiere recordarlo.

Salgo con la torta, sonriendo. El calor de la llama prendida me da en el rostro. Los tres me miran desde la mesa. Papá y mamá aplauden. Después me encuentro con los ojos del abuelo y el corazón se me va al piso. Se ha puesto de pie, negando con los brazos. Por nada del mundo se les ocurra cantar, dice. Viene hasta mí y yo doy un paso para atrás. Me quita la torta de las manos, apagando de inmediato la llama de la vela con un sople corto y decidido.

—Gracias, pero ya basta con el *show*.

Deja la torta con brusquedad sobre la mesa, el vino se mueve dentro de las copas. Mamá agarra la suya y se toma lo que queda de un sorbo, no se vaya a desperdiciar.

—Voy a poner agua para el café —anuncia el abuelo.

—Siéntate, Duncan, yo lo hago —ofrece mamá.

—No, gracias, Ángela, ya has hecho demasiado.

—¿Y qué se supone que significa eso? —pregunta en voz baja a papá una vez que Duncan ya está en la cocina.

Papá no le responde. Ella lo mira fijo hasta que él se encoge de hombros, toma el cuchillo y se pone a cortar la torta.

—Papá.

—Dime.

—Somos tres no más.

—¿Ah?

—Que has cortado como ocho pedazos.

—Sabine... —interrumpe mi mamá.

—¿Qué?

—Anda a ayudar a tu abuelo.

—Ni cagando...

Duncan vuelve y deja la tetera sobre la mesa. Los tres nos quedamos callados, mirándola.



**R**espiramos aliviados cuando nos subimos al auto. El abuelo se había levantado dejando la mitad de su pedazo de torta, con la excusa de que estaba cansado y necesitaba dormir una siesta. Mamá se ofreció a lavar los platos antes de partir, pero Duncan aseguró que no era necesario y nos escoltó hacia la puerta.

Papá descansa la cabeza un momento sobre el respaldo del asiento del piloto antes de dar el contacto. Lo miro por el espejo retrovisor.

—Te dije que era mala idea —le dice a mi mamá.

—Pero cómo no le íbamos a celebrar nada —responde ella—. Está solo. Apuesto que tu hermano ni lo llamó.

—Quizás quiere estar solo, precisamente.

—Nadie quiere pasar su cumpleaños solo, Oliver.

Mamá baja el parasol del asiento del copiloto, desliza el plástico que cubre el pequeño espejo y empieza a pintarse la boca con un *rouge*.

—No entiendo por qué tiene que ser tan amargado —dice.

—Desde que se murió mi mamá se ha puesto mucho peor. Está intratable.

Y no creo que mejore, agrego desde atrás. Los dos se dan vuelta en sus asientos. La semana pasada leí un texto que

explicaba cómo en la vejez se van exacerbando los rasgos de personalidad. Lo leí en un ensayo de la PSU, agregó. No dicen nada. Es como si a ambos el asiento los fuera chupando milímetro a milímetro.

Desde que tengo memoria que el abuelo Duncan vive en su mundo aparte. Cuando todavía manejaba, nos visitaba solo en ocasiones especiales, probablemente obligado por la abuela Edith. Con él siempre venía aparejado un sentimiento incómodo, a medio camino entre la culpa y el deber: nosotros de invitarlo, él de asistir. A la abuela sí la veíamos más. Me sacaba de paseo todos los miércoles después del colegio. Aparecía sola, en su Subaru Justy azul. Íbamos al cine o a tomar helados. Me dejaba mirar las revistas de grandes que tenía en la casa, incluso recortarlas cuando tenía tarea. A la hora de almuerzo, me cocinaba tallarines con crema. Comíamos las dos solas en la cocina. Al abuelo lo dejábamos leer el diario, en su sillón, mientras nosotras salíamos a dar una vuelta a la plaza. Una vez, incluso, fuimos a Farellones a ver la nieve. Construimos un mono en el capó del auto y después esperamos a que se derritiera, pero se nos hizo tarde y lo tuvimos que botar al suelo para irnos. Cuando tenía seis años, hubo un miércoles en que no apareció. Llamé por teléfono y contestó el abuelo. A la semana siguiente la enterramos en el Parque del Recuerdo.

—Cuando tú eras chico, ¿también era así de mala onda? —pregunto.

—No tanto. La abuela se encargaba de las relaciones públicas.

—Cómo lo habrá aguantado —dejó escapar mi madre. Papá la miró—. ¿Viste que dejó casi toda la comida? Es muy mañoso.

—¿Para qué enganchai? Tú sabes cómo es.

—No le costaría nada hacer un esfuerzo. Pasar un rato agradable con su nieta, como una persona normal.

—A mí no me metan. Yo ni quería venir.

—Bueno, deberías poner de tu parte también —empezó mi mamá.

—Ustedes organizaron esta cuestión, era obvio que el viejo quería quedarse solo en su casa.

—¿A ti te gustaría pasar tu cumpleaños sola en ese departamento oscuro?

—No. Pero yo claramente no soy el abuelo.

—Ah, mira qué curioso, porque tienes el mismo carácter insoportable, se nota que eres su nieta.

—Ja, ja. Muy ingeniosa, mamá, te voy a dar el Nobel de la Risa.

—Ni siquiera existe ese premio.

—Córtenla las dos —pidió papá frotándose los ojos—. ¿Podemos hacer algo agradable con lo que nos queda de domingo?

Ala casa de su padre habían empezado a llegar cartas con amenazas. Sobres en diferentes tonos de azul y beige, de donde emergían las violentas palabras de plumas anónimas. Quién diablos es esta gente, ¿no tienen nada mejor que hacer?, escuchó a su madre preguntar una noche, mientras revisaba la correspondencia. La frustración en su voz traspasaba la puerta del despacho.

A sus padres no les había importado que él y Greta von Lutz fueran amigos. Les parecía normal: durante diez años sus casas habían estado una al lado de la otra en el paseo Atkinson. Duncan la veía salir de su casa todas las mañanas, con su uniforme gris. Sus gruesas trenzas rubias, que colgaban paralelas a sus brazos, brillaban incluso en los días de bruma.

A veces pasaba por fuera de su colegio solo para verla. No siempre lo conseguía, pero su cabeza dorada solía sobresalir entre las demás. Cuando él se cambió de casa, a los catorce años, Duncan tuvo que inventar oportunidades para verla. Si reía, se tapaba la boca. No le gustaban sus dientes. Ese gesto le producía a Duncan una sensación parecida a las cosquillas. Cuando el momento sea correcto —se decía a sí mismo— la invitaré a tomar té.

Una tarde, pasó por el colegio de señoritas y le llamó la atención la bandera que se agitaba en lo alto del edificio. No creía haberla visto antes. Un rojo furioso que demandaba su atención, con una figura negra en el centro, parecida a una cruz. Apuró el paso, las nubes se estaban acercando. Iba a ponerse a llover.

Poco después de eso empezaron a llegar las cartas.